

Empobrecimiento y democracia en América Latina

La situación socioeconómica latinoamericana de estos años ha sido calamitosa. En apoyo de los llamados "reajustes" macroeconómicos que vienen agravando sus efectos, quienes defienden las políticas neoliberales alegan que lo que padecemos sólo es el empobrecimiento que preludia nuevos desarrollos y prosperidad. Tal aseveración, esencialmente *ideológica*, parodia al dogma místico, según el cual sólo el sufrimiento abre el camino al paraíso. Sin embargo, el argumento contradice los informes de importantes organismos internacionales acerca de lo que viene sucediendo en la región y sobre lo que puede esperarse de los próximos años. Por añadidura, se contraponen a lo que las instituciones representativas del pensamiento político católico expresan al respecto.

Nueva pobreza

La crisis de hoy es otra fase de la que se desató durante el pasado decenio. Según el estudio que la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) entregó a la reunión de cancilleres del Grupo de Río, en noviembre de 1991, en Cartagena de Indias, en los años 80, las economías latinoamericanas se estancaron a tal punto que, en 1990, el producto interno bruto (PIB) por habitante fue 9 por ciento inferior al de 1980, e igual al de 1977. Ese desastre, observa, se acompañó de desequilibrios internos, acelerada inflación, ajustes severos, caída del empleo y salarios, y una salida de recursos de nuestros países que, sólo entre

1982 y 1991, sumó unos 275,000 millones de dólares, o sea, tanto como el 62 por ciento de la deuda regional —que ahora asciende a unos 445,000 millones de dólares. Ello significó una brutal descapitalización de nuestra América, esto es, de pérdida de su capacidad material de producción, principalmente para pagar los intereses de la deuda externa, amén de otras causas de emigración de divisas¹.

Una de las expresiones inmediatas de esta crisis ha sido el empobrecimiento. Según otro informe de CEPAL, emitido en octubre desde Santiago de Chile, en los ochenta "se revirtió la tendencia a la disminución de la magnitud de la pobreza en términos relativos y siguió aumentando la cantidad absoluta de pobres". Con mayor exactitud, de acuerdo con el informe del Secretario General de la ONU sobre la erradicación de la pobreza en los países en desarrollo, divulgado en noviembre, hay 270 millones de pobres e indigentes que sobreviven en nuestra región, y otros 30 millones de latinoamericanos —de la clase media— que son candidatos a engrosar sus filas en lo que resta del presente siglo.

Otras de sus expresiones, igualmente obvias, están en el desempleo y en una más injusta redistribución de la riqueza. Al efecto, este último informe de la CEPAL agrega que "la considerable reducción de la capacidad de absorción del empleo urbano, el aumento de la desocupación abierta y el

desplazamiento de parte de la fuerza de trabajo hacia ocupaciones de menor productividad contribuyeron a aumentar la pobreza, especialmente en las áreas urbanas". Hubo, dice, "una transferencia de mano de obra desde actividades de mayor productividad e ingreso a otras de productividad e ingresos más bajos", como parte de "un retroceso en el camino del desarrollo que se tradujo, entre otros factores, en un aumento de la pobreza, un deterioro de la distribución del ingreso que expandió la brecha entre los niveles de ricos y pobres, y en un incremento de la vulnerabilidad social y económica de los estratos medios urbanos". En ese período, el salario cayó un 37 por ciento en Bolivia, 43 por ciento en México, 63 por ciento en Chile, 68 por ciento en Brasil y 77 por ciento en Venezuela.

CEPAL observa asimismo que, respecto a la distribución de la riqueza entre los habitantes en la mayoría de nuestros países, "el 5 por ciento más rico mantuvo o aumentó sus ingresos absolutos, mientras el 75 por ciento inferior los redujo. De esa manera, se acentuaron las diferencias de niveles de vida entre ricos y pobres". Más acá de las abstracciones estadísticas sabemos, en la calidad de la vida concreta, a qué extremos y a qué efectos llega la pobreza de esos 270 millones de trabajadores latinoamericanos a quienes alude la Secretaría General de la ONU.

Pero cabe, además, preguntarse: ¿cómo afecta este fenómeno a la clase media? Encuestas recientes, realizadas en Brasil, por ejemplo, indican que el 86 por ciento de los integrantes de este grupo social han sacrificado la recreación (es decir, van menos a restaurantes, teatros y cines), y el 74 por ciento deja de salir a disfrutar de los feriados. Aun así, el 25 por ciento de tales personas tiene dificultad para cancelar sus débitos mensuales, el 75 por ciento ha pasado a hacer compras menores en los supermercados, y el 74 por ciento despidió a sus empleadas domésticas. Pero es más: el 46 por ciento de los miembros de la clase media ha reducido sus gastos médicos y el 40 por ciento incluso ha cortado gastos en la educación de sus hijos, extremos que implican una seria violación de los patrones ético-culturales básicos de este sector social.

No obstante, el estudio que la CEPAL proporcionó a los cancilleres en Cartagena, con un optimismo más propio de sus circunstancias como entidad oficial que de la realidad observada, señala que "en 1991 el producto regional crecerá moderadamente", algo más del 2 por ciento, "con lo cual el producto por habitante registrará su primera mejoría en cuatro años". Haciendo abstracción de que ese "mejoramiento" gime desde el fondo de una previa caída del 9 por ciento, se diría que estaría abriéndose una ventanilla de esperanzas. Aunque el mismo estudio agrega, enseguida, que persisten señales contradictorias de estancamiento e inflación en diversos países².

El documento indica, por lo demás, que varias naciones latinoamericanas han iniciado "cierta recuperación y crecimiento" que, aunque frágiles y moderados, "parecen dejar atrás" los balances negativos de la *década perdida* de los años ochenta. Para que esto haya sucedido, prosigue, un aporte significativo viene de la repatriación de capitales —factor cuyos efectos son transitorios, puesto que no puede reproducirse indefinidamente—, así como de la inversión extranjera. Estos avances, concluye CEPAL, "encierran fermentos de progreso y también secuelas reflejadas en desigualdades de ingreso y riqueza, y en penurias para amplios sectores de la población". Luego veremos hasta dónde llegan esas "secuelas" y cuánto más cabe anticipar que la inversión extrarregional podrá desempeñar este papel que el estudio le atribuye.

Poco después, en diciembre, otro informe de CEPAL informaba, desde Santiago, que en 1991, el PIB de la región alcanzó un aumento del 3 por ciento, lo que constituye una moderada reactivación, luego de tres años de virtual estancamiento³. Pero ello, añade, apenas representa un incremento del producto por habitante inferior al 1 por ciento, dejándolo en el mismo nivel que éste tenía en 1977. Sólo un reducido grupo de países (Colombia, Chile, Barbados y Jamaica) logró un producto por habitante superior al que tenían en 1980. Cualquier cosa que esto implique, el propio informe de CEPAL admite que ese modesto crecimiento de las economías regionales no se refleja "significativamente" en una mejoría del empleo. Incluso, se-

ñala que en los países que lograron elevada tasa de crecimiento, como Chile y Venezuela, las cifras de desempleo abierto *se incrementaron*.

La mención de Venezuela es oportuna. Porque, a expensas de la coyuntura, no sólo sus estadísticas nacionales, sino también las regionales, se vieron mejoradas, gracias a la crecida expansión económica venezolana de 1991 (de casi el 9 por ciento según CEPAL y del 7 por ciento de acuerdo con el informe de enero de la ONU). Sin embargo, ésta fue transitorio reflejo del *boom* petrolero causado por la guerra del golfo Pérsico. Sus efectos ya tienden a desvanecerse tras la reciente caída del precio del hidrocarburo, como las cifras lo reflejarán al cabo del próximo año. En el ínterin, la situación real de la gente de carne y hueso —no de las abstracciones estadísticas— se hizo presente en los renovados disturbios de este año. Como, asimismo, el éxito macroeconómico de Chile se expresa en la aparición de cinco millones de “nuevos” pobres (el 40 por ciento de la población está bajo la línea de la pobreza), ausentes de los informes econométricos que tanto lo elogian.

Por otra parte, uno de los postulados básicos del neoliberalismo es que los “reajustes” se orientan a multiplicar la capacidad exportadora de nuestros países. Inclusive, que el aumento de las exportaciones surtirá los ingresos adicionales requeridos para superar el endeudamiento y reanudar su desarrollo. Es de rigor, entonces, preguntarse cómo evoluciona esta capacidad luego de la amargura de aplicarse tales ajustes.

Según lo que Gert Rosenthal, secretario ejecutivo de CEPAL, informó en México, a fines de enero, el superávit comercial que América Latina mantuvo desde el comienzo de la crisis el año pasado se redujo a 12,000 millones de dólares, lo que es menos de la mitad de lo obtenido en el bienio anterior. El valor de las exportaciones de bienes se quedó estacionario, luego de haber crecido casi un 10 por ciento anual durante el bienio precedente. Esto se explica, observó Rosenthal, por el deterioro del valor unitario de nuestras exportaciones, ya que sus volúmenes aún crecieron cerca del 6 por ciento. En cambio, el valor de las importaciones creció el 19 por ciento respecto a



1990, acelerando por segundo año consecutivo su tendencia expansiva (con lo cual subieron hasta 110,000 millones de dólares).

Así, el saldo positivo de nuestra exportación de bienes se contrajo de casi 30,000 millones anuales, en el bienio anterior, a 12,000 millones en 1991. Este saldo se redujo al 40 por ciento del valor de los egresos por utilidades e intereses, en comparación con el 85 por ciento que representó en 1990. En otras palabras, la aplicación de las políticas neoliberales privatiza, desprotege, abate el gasto, el déficit y los servicios públicos, y nos empobrece, pero, al contrario de convertimos en exportadores de mayor significación, reconfirma y prolonga dos de los grandes factores de la crisis y de la dependencia en que nos encontramos: nos descapitaliza a través de la continuada desigualdad en los términos del intercambio comercial, y nos convierte en mayores importadores. Lo que, por supuesto, se refleja en el estado actual y futuro del

ingreso *per capita*.

Esto guarda relación directa con el hecho de que, en el mismo año de 1991, Estados Unidos — con una economía enferma y protegida— se confirma, en cuanto exportador, como el mayor socio comercial de América Latina, precisamente cuando pierde competitividad en los mercados asiáticos y europeos, y en el suyo propio. Ello aclara en salvaguarda de cuál economía funcionan dichos “ajustes”.

El asunto prosigue

Pero, ¿más allá de lo anterior, qué hay de las perspectivas? En enero, el economista jefe del Banco Mundial, Larry Summers, expresó que América Latina y el mundo en desarrollo, en general, hoy están frente a “un año difícil”. Advirtió que las oportunidades abiertas para estos países por el colapso del Este corren parejas con los peligros que dicho colapso ocasiona a la economía global. Para Summers, la desaceleración del crecimiento en Europa —ya anticipada por los expertos del Banco Mundial— se debe a los problemas de Alemania ante la reunificación y el control de la inflación, asunto este último que, simultáneamente, reduce el ritmo de desarrollo de Japón. A lo que se añade que Estados Unidos no logra recuperarse de la recesión, la cual Summers no sólo atribuye a la falta de confianza de los consumidores y empresarios, sino al crecido endeudamiento que ese país acumula desde la década pasada, el cual le dificulta solicitar nuevos créditos. La deuda total norteamericana ya alcanza casi el doble del producto nacional bruto estadounidense, que se redujo a un “crecimiento” negativo de -0.7 por ciento en 1991.

Summers deja de mencionar la precaria —y necesitada— situación que atraviesa el sistema bancario estadounidense que, por consiguiente, continúa urgido de auxilios federales y financiamiento externo, una de cuyas prioridades es cobrar las deudas. Como tampoco se refiere al déficit presupuestario que, según las proyecciones, a fines de 1992 alcanzará de 350,000 a 360,000 millones de dólares, esto es, cerca de 90,000 millones más que en el año precedente. Con los correlatos que todo

ello tiene sobre el debilitamiento de la clase media norteamericana y la creciente pobreza de la población de ese país. Porque, amén de los conocidos recortes en el gasto social —con incidencia principal en salud, educación, vivienda y seguridad social— al inicio del año en curso el desempleo alcanzó una tasa del 7.1 por ciento, la mayor en seis años, mientras que el núcleo de la inflación (descontando alimentos y combustibles) se mantiene en el 4 por ciento.

Mirando a mayor plazo, el informe antes mencionado del Secretario General de la ONU sobre la pobreza es categórico. Su objeto no es el año de referencia ni la década pasada, sino lo que resta del siglo. Sin complaciente oferta de ilusiones, su análisis establece que, de acuerdo con las proyecciones que pueden hacerse sobre el comportamiento de la economía internacional, y como efecto de las políticas de ajuste estructural adoptadas en la mayoría de los países de la región, la pobreza seguirá creciendo en América Latina durante los años noventa.

Al igual que en el decenio anterior, señala este informe, la reducción de los salarios y el aumento del desempleo continuarán incrementando la miseria en América Latina, puesto que el estancamiento a ultranza del costo de mano de obra es, precisamente, uno de los elementos fundamentales de la llamada modernización económica. Después de una década en la que la reducción del salario y el aumento de la plusvalía del trabajo fueron más acentuados en América Latina que en el resto del mundo, continúa, los ricos de la región ahora son más ricos, y los pobres son más pobres y numerosos⁴.

El implacable aumento de la pobreza —y de la depauperación de la clase media, que según este informe afectará a 30 millones de personas destinadas a engrosar el inventario de pobres en el período— está directamente vinculado con la continuidad del problema de la deuda y sus efectos, además de la inmisericorde aplicación de las políticas neoliberales y las previsiones que, como la de Summers, anuncian una persistente escasez de capitales disponibles para invertirse en el próximo futuro.

El estudio que CEPAL entregó a los cancilleres lo advierte con claridad. "No hay que olvidar que la deuda externa es un lastre para la región", empieza por señalar. Y comenta: "el tema de la deuda ha tendido a perder relevancia en la agenda internacional no obstante que, en algunos países, el fenómeno del sobreendeudamiento persiste y sus consecuencias continúan gravitando". Uno de los cancilleres participantes en la reunión lo reconoció apuntando que, en efecto, "uno de nuestros más graves problemas es que, debido a la deuda, seguimos siendo exportadores netos de capital". El documento de CEPAL expresa que "es de la mayor importancia para las naciones pequeñas que los países acreedores (...) consideren una significativa condonación de la deuda", como la realizada en ciertos casos por Estados Unidos.

Aunque acallada hoy en día, la cuestión de la deuda y sus consecuencias está lejos de resolverse, puesto que los acreedores —sean bancos privados o gobiernos— igualmente están urgidos de recursos financieros. Ya en octubre, en Nueva York, la misma CEPAL había advertido que "la deuda externa acumulada de la región —que era de 432,000 millones de dólares a fines de 1990— aumentará, en términos nominales, cerca del 3 por ciento durante 1991", esto es, otros 13,000 millones. Un factor de este aumento, señaló entonces, es que algunos países han logrado acceder de nuevo al crédito voluntario; "otro factor que influye mucho en la expansión del endeudamiento es la acumulación de saldos en mora, en los cuales siguen incurriendo la mayoría de los países latinoamericanos". De mantenerse las actuales tendencias, agrega, a fines de 1991 dichos saldos podrían llegar a 25,000 millones de dólares. Al cabo, el total sumó los 445,000 millones calculados, y seguirá creciendo.

Si bien hay factores de contracción de la deuda, comenta CEPAL, el efecto del *plan Brady* para su reducción "no es claro todavía", puesto que, "si bien los acuerdos suscritos en el marco del *plan Brady* han reducido el valor actual del endeudamiento con los bancos, muchas veces han generado también deuda nueva, en términos de garantías y refinanciamientos". La baja en las tasas internacionales de interés, durante el primer semestre de

este año, continúa, se espera que ocasione una contracción "de poco más de 1,000 millones de dólares en los intereses devengados por la deuda externa". Sin embargo, enfriando posibles esperanzas al respecto, agrega que "el endeudamiento latinoamericano se muestra progresivamente menos sensible a las variaciones de las tasas internacionales de interés".

Con todo, en otro esfuerzo optimista, añade, que espera que este año el servicio de la deuda represente "sólo" el 23 por ciento del valor de las exportaciones de la región, luego de que en 1990 equivalía al 25 por ciento. Ojalá que esto pruebe ser una tendencia, y fuera capaz de pronunciarse. Porque, siendo tan modesta la diferencia, cabe preguntar, ¿cuánto podrá reportar para los millones de pobres latinoamericanos, y para la inmensa clase media que precariamente se sostiene al borde del abismo? Por lo visto, reportará tanto como el otro "modesto" crecimiento del 2 ó el 3 por ciento de la economía regional, tras caer un 9 por ciento. En las condiciones de brutal concentración de la riqueza, suscitado por la crisis y el neoliberalismo, esta "mejoría" quedará en pocas manos y aumentará los contrastes sociales. Para los pobres y la clase media, puede calcularse con bastante exactitud cuánto ganará: no van a obtener nada, o casi nada.

El contexto suprarregional

En Cartagena, otro organismo regional, el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), también entregó a los cancilleres del Grupo de Río un informe que, asimismo, aborda la cuestión de la deuda. En gran parte coincide con el de CEPAL. La mayoría de los países de la región, dice, se encuentran en estado de mora y algunos incurrieron en significativo endeudamiento en los mercados internacionales de bonos. La acumulación de atrasos ha excedido los 25,000 millones de dólares. El *plan Brady* -supuestamente encaminado a propiciar soluciones— no generó la suscripción de nuevos acuerdos para reducir la deuda de los bancos.

La deuda no ha tenido mayor aumento, continúa SELA, porque Estados Unidos canceló importantes montos del débito bilateral que afectaba a

siete países del área; otros redujeron la deuda mediante sistemas de conversión de la misma (que frecuentemente consisten en una u otra forma de cesión de patrimonio o soberanía); la revaluación del dólar frente a las monedas europeas (6 por ciento en doce meses) generó una contracción de lo adeudado en esas monedas (lo que en el próximo futuro cambiará de sentido, por efecto de la reciente baja de los intereses en Estados Unidos y la consiguiente devaluación relativa del dólar); y, finalmente, ha habido acceso de algunos países a considerables flujos financieros no crediticios como la repatriación de capitales y la inversión extranjera. Estas últimas son, sin embargo, alternativas que a mediano plazo estarán agotadas.

En cuanto a la inversión foránea, la tendencia ha sido otra: en la proporcionalidad en que ella se distribuye en el mundo, la parte captada por América Latina ha descendido de un promedio del 12 por ciento en 1980 y 1984, a menos del 6 por ciento en 1989, con lo cual cualquier mejoría temporal que ahora tengamos empieza desde una línea de base muy baja. Sin contar con que gran parte de la presente inversión extranjera es de corto plazo y de carácter especulativo⁵ —de pronta rentabilidad y volatilidad—, aportando poco al desarrollo tecnológico y productivo, al empleo y a una mejor distribución de la riqueza.

Pero, volviendo a la cuestión del endeudamiento, el SELA reiteró que la llamada *Iniciativa para las Américas* —en cuyo contexto el presidente Bush prometió contribuir a la solución del problema— deja casi intacta la cuestión de las deudas latinoamericanas, pues sólo afecta a unos 12,000 millones de dólares (escasamente el 2.8 por ciento de su monto), amén de que, por añadidura, Washington pretende aplicar “estrictos criterios de condicionalidad, más rígidos que los del Club de París”. Observa, además, que a diecisiete meses de lanzada la *Iniciativa*, “las inversiones se circunscriben a la propuesta para la creación de un fondo (de 1,500 millones de dólares) que aún no ha logrado captar el financiamiento necesario”.

Finalmente, advierte el SELA, la contienda electoral en Estados Unidos puede bloquear la reducción bilateral de las deudas latinoamericanas —condicionada por el presidente Bush a la im-

plantación de políticas de liberalización comercial y ajustes macroeconómicos, dentro de dicha *Iniciativa*. Esta promesa, recuerda, ya “sufrió un revés extraordinario” en octubre, cuando el Congreso norteamericano sólo incluyó en el presupuesto entrante 65 millones de dólares para ese fin, en vez de los 300 solicitados por la Casa Blanca. Esto es consistente con el anuncio, de enero, de que en 1992 el gobierno norteamericano reducirá en 34 por ciento la ayuda al extranjero —casi 23,000 millones de dólares menos—, debido a las necesidades de ahorro impuestas por la situación económica estadounidense.

Gran parte de la información anterior condujo al Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA), del Ministerio de Economía brasileño a sacar sus propias conclusiones. En noviembre, éste dio a conocer su análisis de la situación, planteando que, pese a los drásticos programas de ajuste que han venido aplicándose, en los próximos años, América Latina seguirá enfrentando significativas dificultades, y sintiendo las consecuencias del estancamiento económico de la *década perdida*.

Para empezar, lo referente a las perspectivas de la inversión foránea, en el marco de una escasez internacional de capitales que tiende a prolongarse. En el período venidero, expresa el IPEA, las dificultades para aumentar el ahorro interno y para atraer recursos externos limitarán el crecimiento económico latinoamericano. Las políticas de reestructuración implantadas en la mayoría de los países, señala, no serán suficientes para asegurar una recuperación rápida. Tampoco hay, agrega, perspectivas de que se beneficien enseguida de la reanudación del crecimiento económico en el mundo industrializado, puesto que en los próximos años Estados Unidos seguirá siendo el principal centro de atracción de capital externo. A la vez, la consolidación de bloques económicos de las naciones desarrolladas reducirá los efectos positivos que su recuperación económica debería tener para las economías latinoamericanas, concluye el IPEA. Ello, sin contar con Europa del este como área de atracción que, pasado este primer momento político, también rivalizará con América Latina por obtener de flujos de capital, con reconocidas ventajas a su favor⁶.

La aprensión del IPEA se ve reforzada por el informe de Naciones Unidas sobre la evolución de la economía global en 1991, dado a conocer en enero, en Nueva York. Este señala que, por primera vez desde la segunda guerra mundial, la producción y el ingreso bajaron en todo el planeta. Las estadísticas actualizadas, dice, muestran que este año la producción mundial tuvo un "crecimiento" negativo del -0.5 por ciento, que contrasta con los aumentos del 4.3 por ciento en 1988, del 2.9 por ciento en 1989 y del 1.2 por ciento en 1990. Ello muestra una tendencia global que se opone a la que, como incipiente repunte, la CEPAL registró para América Latina. Lo que es peor, el informe de la ONU no sólo atribuye este declive al colapso de la producción en Europa oriental, sino igualmente a "los países de economía de mercado", que impusieron restricciones para frenar la inflación. Observando, enseguida, que si bien ésta se redujo, dichos países "fueron impulsados hacia la recesión". ¿Puede América Latina, dentro de las actua-

les reglas del juego, consolidar una tendencia contraria a la de las economías hegemónicas y la economía mundial?

Todo ese estado de cosas coincide, a su vez, con la naturaleza esencialmente insolidaria, extraña a todo humanismo, del llamado *nuevo orden internacional*, tal como el neoliberalismo lo concibe. A *confesión de parte, relevo de pruebas*, dice el adagio. Así lo puso de manifiesto, a mediados de noviembre, el *Financial Times* que, desde el punto de vista de esa ideología, revela mucho de la entraña de toda la cuestión.

Comenta el *Financial* que, en tiempos en que tantas naciones son vulnerables, el Grupo de los Siete, que reúne a los países económicamente más fuertes, está obsesionado con el colapso soviético y pone escasa atención a las naciones pobres. En los encuentros del Grupo de los Siete con el FMI y el Banco Mundial, celebrados en octubre, recuerda, la mayor parte del tiempo se dedicó a de-



batir sobre la crisis de pagos de la *ex* URSS, ignorando los problemas y los foros de los países en desarrollo. Según supone el *Financiamiento*, los reajustes macroeconómicos en nuestras naciones “producirán beneficios” pero, a corto plazo, señala, son “una medicina amarga que crea presiones sociales para que se reviertan las políticas promercado”.

En algunos países, advierte, el fracaso de estas políticas no sólo amenaza a los gobiernos, sino también a las instituciones democráticas. Además, agrega, la retórica de los gobiernos occidentales aplaude las reformas orientadas al mercado y al libre comercio, pero sus acciones, “o a menudo su inacción”, amenazan muy frecuentemente que las reformas se reviertan. Aunque se complacen con la victoria del capitalismo en el este, comenta, Estados Unidos y sus aliados están ignorando su frente más vulnerable, al sur.

“A medida en que la mayoría de los países en desarrollo reduce sus aranceles”, prosigue, “el mundo desarrollado impone mayores restricciones comerciales”. Así, “la ronda Uruguay para la liberalización comercial está amenazada casi exclusivamente por disputas entre los países ricos”, mientras que el proteccionismo “está creciendo cada vez más”. De tal modo, “si bien muchos países del tercer mundo están controlando sus *déficits* presupuestarios, los países más ricos devoran los ahorros mundiales para llenar lo que parece un permanente *déficit* presupuestario”. El *Financial Times* advierte que, “si los países ricos no hacen concesiones para que la ronda Uruguay tenga éxito, el ‘nuevo orden mundial’ podría convertirse en un desastre para el tercer mundo”.

Poniendo el dedo en la llaga, agrega, también debería haber “un redoblamiento de los esfuerzos de reforma económica en el primer mundo, donde las malas políticas han propagado el efecto de dominó”. Además, este afán por reformas debería acompañarse de ayuda económica sustancial para los países del sur. Ella es factible, señala, puesto que “se gastaron 950,000 millones de dólares en armas en 1989 y algunos de los dividendos de paz deben usarse para aliviar los sufrimientos de los países más pobres”.

Esta, sin embargo, no es la lógica de la vora-

cidad del sistema, encaminado a esquilmarlos, no a transformar la situación a nuestro favor. Por lo pronto, las reducciones del presupuesto militar norteamericano (y de lo que fue la Unión Soviética) no se encaminan a ese fin, sino a paliar los desequilibrios internos de ambas potencias. En enero, por ejemplo, Washington anunció que prevé reducir en un tercio el presupuesto de ayuda al exterior para 1992, pero, pese a la terminación de la “guerra fría”, será mucho más modesto el recorte del gasto militar, sólo un 4 por ciento (lo que podrá suponer un ahorro cercano a los 7,000 millones de dólares, apenas la tercera parte del valor de lo que dejará la reducción del rubro de ayuda al exterior). A la vez, desde 1990, Estados Unidos se colocó como el mayor exportador de armamento a los países subdesarrollados —casi duplicó sus ventas del año anterior—, con lo que este rubro todavía no se traduce en fuente de ayudas, sino al contrario⁷.

Humanizar la democracia

Como decíamos, se abusa del símil teológico según el cual los flagelos que padecemos preludian la inminente prosperidad que los reajustes macroeconómicos habrían de traer. Con la diferencia de que, en la práctica neoliberal, son muchos los que hacen penitencia y otros, poquitos, quienes disfrutan el paraíso. Dicho argumento es del todo contrario al humanismo cristiano, según recordó Juan Pablo II en su pasada visita a Brasil, al recalcar que la caída de los regímenes burocráticos del este europeo no significa la victoria de los dogmas del capitalismo. Y en noviembre, al recibir en el Vaticano al presidente de Bolivia reiteró, asimismo, un llamado para arribar a un “acuerdo equitativo” sobre la deuda, ya que los “pueblos pobres no pueden pagar costos sociales intolerables a costa de sacrificar su derecho al desarrollo”.

Asumiendo esa línea, en octubre, el VII Congreso de la Unión Internacional de Jóvenes Demócrata Cristianos, reunido en Costa Rica, condenó el desarrollo de las corrientes neoliberales en América Latina, “que golpean duramente a las poblaciones marginadas”. Las cuestionó como “concepción fundada sólo en la visión macroeconómica de la realidad, que no toma en cuenta los pro-

blemas cotidianos de la gente” y llamó a que, tras los acontecimientos de Europa oriental, “el mundo no quede abandonado a una política de libre mercado”. El congreso reivindicó que el Estado debe jugar un papel importante en el mundo actual, para que los más débiles reciban apoyo y ayuda de toda la sociedad. Las democracias, concluye, “deben buscar valores en la persona, la familia, los movimientos sindicales y la solidaridad, que permitan un desarrollo verdadero, respetuoso del hombre y del medio ambiente”.

Asimismo, en enero se reunió en Cochabamba, Bolivia, el Congreso Latinoamericano de Jóvenes Católicos, otra vertiente del pensamiento cristiano. Estos denunciaron la hegemonía neoliberal enfrentada por la región, “la cual recae sobre las espaldas del pueblo trabajador y agrava la marginalidad y la extrema pobreza”. El modelo neoliberal, recalcaron, reduce el poder estatal en su función productiva, en la generación de fuentes de trabajo y en la responsabilidad de los servicios sociales. Condenaron la privatización de los medios productivos y de los servicios que, apuntan, van quedando en manos de una cada vez más reducida clase gobernante, en desmedro del patrimonio de los pueblos.

Los jóvenes católicos condenaron, asimismo, otras consecuencias negativas de la política neoliberal, como la desarticulación de las organizaciones populares, “la inserción masiva de las sectas”, y la alienación económica, política, social y religiosa. Además, agregan, facilita mayor injerencia extranjera en las decisiones internas, así como una creciente presencia policíaco-militar norteamericana en nuestros países. Se pronunciaron por un nuevo orden político, económico y social regional que preserve la dignidad de cada país y se oriente a la unidad latinoamericana. Finalmente, asumieron la defensa de la dignidad de las personas y la soberanía de los pueblos, el derecho al trabajo y el respeto a la vida.

Del otro lado de la medalla, todo eso recuerda lo apuntado por el economista cubano Oswaldo Martínez, en una conferencia ofrecida en México, el pasado octubre. El combate contra la pobreza y por lograr el desarrollo, comentó, hasta ahora no parecen encontrar respuesta en América Latina.

En cambio, hoy, para salir de la crisis se quiere que apostemos a la política neoliberal, a las virtudes absolutas del mercado, sin que exista conciencia de que “se nos vende una mercancía averiada que puede alcanzar equilibrios macroeconómicos, pero no el desarrollo”. El neoliberalismo, concluyó, tal vez sea capaz de efectuar cierta transformación productiva pero, indudablemente, es incapaz de lograr la equidad social, y la una sin la otra no pueden, de ninguna manera, constituir un proceso de desarrollo en términos sustentables. Con todo, cabe agregar, esa transformación productiva y exportadora sigue sin hacerse visible.

Como conclusión, cabe recordar los recientes señalamientos de Douglas Payne, director de Estudios Hemisféricos de la *Freedom House*, conocida organización humanitaria estadounidense. La política en América Latina, observó, sigue controlada por grupos de poder que operan, con impunidad, en una cultura de corrupción, mientras la mayoría de sus conciudadanos lucha por sobrevivir en medio de una pobreza creciente. Esto, dice, constituye el mayor peligro para la democracia en la región, donde la recién adquirida capacidad para elegir a los gobernantes no significa que se haya implantado el imperio de la ley.

Las desigualdades económicas y sociales de América Latina “no tienen paralelo en el mundo”, señala Payne apuntando que, a pesar de un ingreso *per capita* que es el mayor del tercer mundo, el 62 por ciento de la población vive en estado de pobreza y 169 millones de personas (de un total de 430 millones de habitantes) padecen condiciones de miseria extrema. Señala que la brecha entre ricos y pobres continúa agrandándose y la clase media, puntal de toda democracia, está siendo empujada al empobrecimiento.

Todo lo anterior es la reseña de un *ordenamiento socioeconómico y de un modo de relaciones de América Latina con el resto del mundo, que han fracasado*. Y, con el mismo, también el correspondiente sistema de instituciones y prácticas políticas que, lejos de subsanar este fracaso, administran su reproducción, para beneficio ajeno. ¿Puede, acaso, considerarse que “funciona” un ordenamiento y unas relaciones que, a casi 500

años de iniciada su implantación y perfeccionamiento en el nuevo mundo, en vez de satisfacer las necesidades de la gente, aún se empeña en generar resultados como éstos?

La esperanza —o más bien, una parte de la esperanza—, según las conclusiones de Douglas Payne, reside en el desempeño de la prensa y de las nuevas organizaciones cívicas que vienen apareciendo a nivel de barrio, de trabajadores, de pequeños empresarios, de grupos de profesionales y de defensa de los derechos humanos, “que horadan poco a poco la tradición de autoritarismo centralizado, reclamando tener voz en la formulación de las reglas, después del conteo de los votos”. Como también, habría que añadir, en la reconstrucción de los objetivos de nuestras fuerzas políticas, y de sus modos y fines de relacionarse con la ciudadanía, para expresarla en vez de utilizarla.

Esos sectores de base —hoy escépticos respecto a las entidades y las prácticas políticas establecidas— han de tener protagonismo en la necesaria reformulación de nuestra democracia. Reformulación que la haga participativa y no excluyente, esto es, recuperadora de la soberanía popular frente al imperio de las imposiciones foráneas y de las minorías oligárquicas sobre los intereses generales de nuestras sociedades nacionales. *Otra democracia*, liberadora, para hacer factible *otra sociedad*. Junto con esa “unidad latinoamericana” que los jóvenes cristianos demandan, cifrada en la colaboración y complementariedad de nuestros recursos y energías, en defensa de nuestros intereses comunes.

Es decir, *otra integración* nacional y regional —democrática y capaz de autodeterminar un espacio común relativamente protegido—, que es lo contrario de someternos, fragmentadamente, a unos u otros centros de poder en procura de capitales y mercados que ellos no están para darnos, sino para sustraernos.

Nils Castro

Notas

1. Entre 1982 y 1990, América Latina pagó, por servicio de la deuda, unos 318,500 millones de dólares, cantidad que alcanza para resolver muchos de los problemas de la región. Adicionalmente, por la transferencia de productos, perdió otros 135,000 millones.
2. Ese “optimismo” se relaciona con lo que alguien ha calificado como “un cambio de 180 grados” en las concepciones de CEPAL respecto a las ideas de Raúl Prebisch, para adaptarse a las “nuevas tendencias” de la economía internacional.
3. Este dato contradice al ofrecido por el informe sobre la evolución de la economía global en 1991, emitido por la ONU. Según éste, el producto bruto de América Latina y del Caribe creció menos del 2 por ciento, tras un declive del 0.7 por ciento en 1990.
4. Así lo reflejan la creciente pobreza rural y una amenazadora crisis en la producción de alimentos. Según un informe de enero del Fondo Internacional del Desarrollo Agrícola, organismo de la ONU, el número de pobres en las zonas rurales del tercer mundo podrá llegar a 1,300 millones a fines de esta década, agudizando su tendencia a desplazarse a centros urbanos y países extranjeros en busca de mejores niveles de vida. En América Latina, particularmente, los programas de ajuste estructural, dice, han impulsado las exportaciones “pero los pequeños agricultores, cuyo objetivo son los mercados nacionales, han sido perjudicados por la disminución de la demanda”.
5. Observaciones de James Petras y Steve Vieux en “Fábulas reiteradas que no debían creerse”, en *El Gallo Ilustrado*, suplemento del periódico *El Día*, México, D.F., 26 de enero de 1992.
6. Según el Instituto para la Economía Internacional, de la Universidad de Harvard, cerca de 55,000 millones de dólares anuales se destinarán a Europa oriental (unos 20,000 millones entre 1992 y 1995), restándoselos al tercer mundo y a América Latina.
7. Vendió equipo bélico a naciones del tercer mundo por 18,000 millones de dólares, cubriendo el 45 por ciento de este mercado, contra el 24 por ciento del mismo en el año anterior.